

**Clase 6** — *El narcisismo deja lugar a la sublimación. De la existencia de un rebusamiento como ruptura de la promesa en la historia del adicto.*

Intentaremos abordar oblicuamente el concepto de sublimación, es la forma que más conviene hacerlo. En primer lugar vamos a trabajar la postulación de Freud en su trabajo «*Lo inconsciente*», específicamente su capítulo III subtítulo «*Sentimientos inconscientes*» en donde propone una escisión en el inconsciente:

«Opino, en verdad, que la oposición entre consciente e inconsciente carece de toda pertinencia respecto de la pulsión. Una pulsión nunca puede pasar a ser objeto de la conciencia sólo puede serlo la representación que es su representante. Ahora bien, *tampoco* en el interior de lo inconsciente puede estar representada si no es por la representación. Si la pulsión no se adhiriera a una representación ni saliera a la luz como un estado afectivo, nada podríamos saber de ella. Entonces, cada vez que pese a eso hablamos de una moción pulsional inconsciente o de una moción pulsional reprimida, no es sino por un inofensivo descuido de la expresión.»

La distinción adentro-afuera carece de fundamento respecto de la pulsión, cuya estructura es significativa, aunque no sólo significativa, lo hemos precisado en función de la demanda, más sí significativamente, de aquí el señalamiento de Freud, no todo en la pulsión es representante, es el modo que encuentra la pulsión para peticionar. Ya no se trata entonces de

-54-

considerar cómo un momento supremo esperado y por venir, la castración, unifique las diversas pulsiones bajo un fin genital, sino, por el contrario, que la castración de la que se trata, es decir la articulación de eso mal llamado instinto con el lenguaje, que la castración formule a la pulsión con sus características propias: parcial, con fines inhibidos, variancia objetal, entre otros atributos. En fin, para ser breves y mantener una lógica acorde es preciso establecer a la castración como primera, luego la pulsión.

Lacan nombró esta escisión inconciente que Freud anticipaba con el nombre de *separtición*, en su Seminario N° 10, *La angustia*:

«La ‘separtición’ fundamental, no separación sino «partición en el interior», he aquí lo que se encuentra, desde el origen y desde el nivel de la pulsión oral, inscripto en lo que será la estructuración del deseo».

Se trata de ubicar un objeto que no se corresponda ni con la Madre ni con el Niño, se trata de una *partición separada* en ese erróneamente llamado *interior*. El primer paso, desde el nivel oral, desde una secuencia lógica, no arma un exterior, carece de límite exterior. Así refiere Lacan al armado de la estructura del deseo, el encuentro con un interior en *separtición*, es decir que no tiene afuera. Para Freud, era importante sostener un interior separado del exterior, de allí que escriba que hay que considerar la expresión contradictoria como inofensiva. He aquí eso kantiano en Freud, eso que no deja de responder a un imaginario intuitivo aunque postule un corte del que se espera tenga consecuencias, a contrapelo de esa intuición.

De hecho, esta intervención a nivel de lo que llama su primera tópica trajo consecuencias tales como por ejemplo, en la corriente llamada kleiniana, imaginarizando ese interior. Otro ejemplo dentro de otro contexto histórico, fue la interpretación de las resistencias internas del yo —ese yo siempre tan elusivo como defendible— hasta llegar, es otro ejemplo, a los trabajos más tardíos de Lacan en donde postula a la feminidad como un *sin-afuera*. Son derivados posibles de la consideración a la *separtición*, con mayor o menor grado de participación de una imaginarización intuitiva que siempre presente nos hace difícil la aprehensión de una topología desprendida de ciertos a-priori.

Tanto en el artículo citado como en el conjunto de los llamados *Escritos metapsicológicos*, Freud apuesta una vez más a considerar la represión como el mecanismo que sostiene al panorama pulsional, pero no olvidemos en este punto, que Freud también consideró a la sublimación como destino posible. Desde este punto de vista la sublimación en cuanto considera a la pulsión definida en una meta inhibida, cuya satisfacción se aloja en esa inhibición, nos brinda una consideración más oportuna. Porque se trata en la sublimación tanto más del valor de un recorrido pulsional, de la satisfacción del recorrer esa experiencia, experiencia que no tiene otra meta que su propia satisfacción, una experiencia *obliterada* en su fin. ¿En dónde recae esta tachadura del fin, de la finalidad, esta suerte de inutilidad, en dónde recae sino en el objeto de la pulsión que, dada la sublimación, no se localiza tan fácilmente? Pero la sublimación obliga a leer *objeto* y no, como se observa en la represión, a leer otra cosa en su lugar, por ejemplo *falta de objeto*. O mejor para combinar ambas cuestiones: allí donde la repre-

sión considera el estatuto de la falta de objeto acentuando la noción de falta, la sublimación considera al objeto como falta, considera al objeto en su propia dimensión, acentúa la noción de objeto, la problematiza en grado sumo.

Por ejemplo, acentuando al objeto en *separtición*, la sublimación nos obliga a leer un objeto *no idéntico a sí mismo*, concernido en un corte que impide acceder a toda posible plenitud —en el sentido de consistencia, pero también en el sentido de completud— a toda plenitud del ámbito en donde se desarrolla dicha sublimación, pero también permitiéndonos leer un efecto de ese corte en el sujeto que dicha sublimación sostiene como agente.

Es porque el *sí mismo*, es decir lo más íntimo del sujeto, está absolutamente intrincado con la idea del narcisismo, con el amarse a sí mismo, que se le problematiza a Freud la idea de considerar a esa intimidad como no estando dentro, siguiendo un modelo *intuitivo* de espacialidad. Llega incluso a postular a la feminidad como siendo estrictamente narcisista, poseedora de una encantadora inaccesibilidad, o sólo accesible indirectamente. Sabemos que Freud abordó tardíamente a la feminidad. Mucho antes se topó con las psicosis, observando que el desmoronamiento en las psicosis necesitaba de un trabajo de reconstrucción no sólo del mundo sino del yo, pero ¿desde dónde se impondría esa reconstrucción en las psicosis sino desde la imponderable megalomanía? Una teoría del narcisismo se hacía más que necesaria para la teoría analítica, pero Freud tuvo la precaución de no menoscabar sus descubrimientos, y simplemente escribió, como su título lo indica claramente una, «Introducción *del* narcisismo», es decir —y hay que subrayarlo— se limitó a introducir ese concepto en su teoría. Lamentablemente, algunos leyeron que Freud recono-

cía al viejo Yo en el narcisismo recolocándolo en su justo lugar, en el centro del centro, en el interior del interior. No era esa la idea de Freud, en absoluto, no se trataba de ingresar un retroceso teórico para avanzar, no es ese el objetivo, había que introducirlo, era necesario, no se podía negar ese escollo. Pero en ningún momento Freud consideró que es el narcisismo la sede del sí mismo, el corazón de lo más íntimo del sujeto.

¿Qué es lo que se ama cuando se ama a sí mismo?, ¿se ama al narcisismo? Estas preguntas tienen relación con la anterior, ¿cuál es la dimensión del objeto que la sublimación nos permite considerar? Desarrollémoslo.

Lacan rescató de Freud el término *Versagung*, que tradujo de diversas formas, elijo estas: *ruptura de promesa*, *rebusamiento en lo concerniente al dicho*. Cuando un sujeto se encuentra en la encrucijada de sacrificar su máspreciado bien, el principio ético que le resulta más caro, rompe con su promesa más íntima, se traiciona a sí, queda en un estado *fuera de sí*, queda en claro que a lo que renuncia no es al narcisismo, a su Yo más interior, sino que renuncia a lo más propio de sí del cual su narcisismo y su Yo, quedan despojados. Es lo más propio —aunque resulte paradójicamente lo más impropio de sí— lo que queda fuera (es el ejemplo que citamos de Sygne de Coûfontaine y su tic, en la trilogía de Paul Claudel ejemplo fiel de que quien está fuera de sí está con su falta, está despojado de su más precioso bien).

Y suelen ser mujeres aquellas que la historia o los relatos adjudican tener este mérito. ¿Por qué? ¿Porque son narcisistas?, en absoluto. Arriesgo mi hipótesis: tal vez porque en la feminidad se encuentre una vía de acceso rápida a lo que llamaré *la no identidad consigo mismo*. La feminidad está más cerca

de esa identificación. Freud insta a considerar, hablando del narcisismo y del amor, que lo que amamos en el objeto es a «nosotros mismos», y ¿qué somos nosotros mismos sino esa *no identidad*, sea propia o impropia?

La consideración a la *Versagung* en tanto *ruptura de promesa*, puede ser leída entonces como *goce de la ruptura de la identidad*, máximo distanciamiento con aquello que se sostuvo como idéntico a sí, corte con ese objeto congruente al sostén de la demanda en tanto incondicional, puro sentido que determina a lo real de ese sujeto, sentido «*ex-sistente*» a lo real. De alguna forma se trata de la verdad del sujeto en cuanto sostén del sentido de su existir.

Esto puede considerarse siguiendo el caso de la feminidad en su no identidad consigo mismo, pero además puede considerarse el ejemplo del problema del límite o limitación de la Historia, es decir el desarrollo de una historia cuando se encuentra concernida por una lógica que encuentra su razón en el hecho de que el significante se autolimita a sí mismo. No es lo mismo situar alguna significación que se retroalimenta de la premisa represión, autogestionando una falta que impulsa siempre a nuevas significaciones, que situar el sentido, nunca sujeto a represión alguna. La historia, toda historia, tiene sentido, y también significación. Podría intentarse agotar toda significación de la historia en un proceso dialéctico, pero el sentido subsiste: en el punto en que alguien se despoja de todas sus vestiduras, cual capas de la cebolla, el sentido de su ser se mantiene incólume, los adictos son un buen ejemplo de este despojamiento.

No considerar la autolimitación que impone la lógica derivada de la acción del significante en su axioma de base que le

impide significarse a sí mismo, no considerar esto es negar aquel corte primero o *separtición*. Y lo contrario es afirmar que hay seres que carecen de límite externo, eso demuestra la Historia cuando se busca en ella una verdad, demuestra que no hay límite externo en la vía del significante, o bien la Historia se autolimita o bien se extiende sin fin.